

EL ELEVADO COSTE DEL DESARROLLO ECONOMICO

I

Prefacio

Es, o debiera ser, un lugar común que las políticas económicas, del mismo modo que los bienes económicos, implican costes en esfuerzos y sacrificios constantes o en alternativas descartadas. Un viejo ejemplo es el del proteccionismo arancelario cuyos costes se traducen en precios más altos para los consumidores nacionales y en una contracción de la demanda exterior para las exportaciones del país protector. En fecha más reciente, se ha comprobado que el pleno empleo, como objetivo político, ha llevado consigo, para sorpresa de algunos de sus panegiristas, costes de inflación por regla general y, en ciertos casos, juntamente, los costes que implica una productividad reducida.

Sin embargo, los costes del "desarrollo económico" son diferentes. Que sean subestimados parece ser cosa característica, en particular en los países menos desarrollados. Los argumentos en favor tienden a hacer del desarrollo económico la excepción que confirma la regla de que las políticas económicas implican costes económicos. Quiere decirse que la aceleración del desarrollo, en particular siguiendo orientaciones industriales, se propone, a veces, como panacea y remedio universales para todos los males heredados de las economías primitivas, enteramente como si el desarrollo económico fuera gratuito por completo o, al menos, como si ningún hombre razonable pudiera dudar de que cualquier cuantía de desarrollo realizado a no importa qué velocidad, mereciera la pena de ser conseguida, sean cuales fueran los costes de la misma. Quienes sos-

tienen esta opinión prescinden del análisis de la mayor parte de los costes.

Entre los economistas más preparados de los países de avanzado desarrollo económico, una mayoría acepta la opinión razonada del profesor Boulding de que el "progreso económico" no sólo es un fin en sí, sino también el supremo (aunque no exclusivo) objetivo de la vida económica (1). (Aun cuando sin desconocer, ni mucho menos, la existencia de cierto número de costes económicos y sociales del desarrollo económico, Boulding cita y aprueba aquel juicio de Adam Smith, que dice: "El estado progresivo es, ciertamente, el estado eufórico y satisfactorio para todos los diferentes órdenes de la sociedad. El estado estacionario, es insulso; el de decadencia, deprimente.")

Para la opinión vulgar, el desarrollo y el fomento económicos han llegado a adquirir la significación de disolventes universales o universales disfraces. Más bien que implicar costes por su propia virtud, disuelven u ocultan los costes de otras políticas económicas, por equivocadas que sean. Por ejemplo, los efectos de la manipulación de los precios y de la manipulación de los salarios en la reducción de la producción y del empleo descienden arrastrados por la gran corriente del desarrollo económico, desaparecen en ella y no dejan su impronta fuera de los diagramas y ecuaciones de la economía estática. Para los restriccionistas, el desarrollo es como la tierra de los doctores en medicina de Molière: cubre sus fracasos, mientras que sus éxitos brillan a la luz del sol.

Como me temo que esta concepción peca de demasiado unilateral y optimista, trato de reunir y presentar en este ensayo, en líneas generales, los costes económicos y los costes sociales anexos que debieran imputarse al desarrollo económico más comúnmente de lo que se hace en la actualidad.

A pesar de una atmósfera inevitable de chubascos desapacibles y de un inevitable regusto áspero y amargo, la moraleja de la fábula no debe considerarse como preferencia por una noble y salvaje economía a lo Rousseau ni tampoco como un refugio de ere-

(1) KENNETH E. BOULDING, "Economic Progress as a Goal of Economic Life", en el libro de A. DUDLEY WARD (editor), *Goals of Economic Life* (New York: Harpers & Bros, 1953), pp. 76, 83.

mita a las orillas mismas de Walden Pond. Los costes de la falta de desarrollo pueden superar incluso a los del desarrollo; no pretendo afirmar lo contrario. Mi propuesta es mucho más modesta, a saber: que cada país ponga con más cuidado los costes de sus planes de desarrollo. Acaso, obrando así, se encontrará con que dichos costes aumentan más que proporcionalmente al volumen que regula la velocidad de los planes mismos. No debe considerarse que la enumeración y señalamiento de estos costes implica su inevitabilidad. También hemos de prestar atención a los diversos planes y propuestas que se presentan a las Naciones Unidas, pero que no tienen su origen en dicha entidad y a las organizaciones económicas auxiliares de la misma cuyo objetivo es hacer considerablemente menos costoso el desarrollo en lo futuro, prescindiendo de los intentos realizados hasta ahora (2).

Los costes clásicos

¿Qué fué lo que hizo a la "ciencia tétrica" tan tétrica? Más que ninguna otra, dos características de las doctrinas clásicas. Una, el principio de la población malthusiano, con su corolario la "ley del bronce" o teoría de los salarios basados en la subsistencia. La otra, la "tendencia hacia un mínimo de los beneficios", que sobrevive en la actualidad como clave de arco en las obras de economistas tan dispares como Marx y Keynes. ¿Y cuál fué, en la eco-

(2) Aprovecho la oportunidad de esta referencia a las Naciones Unidas para manifestar mi agradecimiento a la *Secretaría de la Comisión Económica para Asia y el Extremo Oriente (ECAFE)*. Muchas de las ideas de este ensayo fueron desarrolladas en la sede central de ECAFE, en Bangkok, Tailandia, en ocasión de discusiones con mis colegas, secuela del cumplimiento de mis obligaciones como asesor económico. Sin embargo, ni la ECAFE, como tal, ni ninguno de los miembros de su personal quedan implicados en ninguna de mis conclusiones o errores.

Una deuda secundaria tengo también contraída con otro grupo de colegas de la Universidad Doshisha, de Kyoto (Japón), en la que se presentó, en un seminario de economía, un bosquejo preliminar de este tema. Los profesores Etsuji Sumiya y Yasuma Takata me prestaron particular servicio con sus indicaciones. En Wisconsin, el tema fué tratado más ampliamente, debido a las críticas de Mr. Pao Lun Cheng y de los profesores P. T. Ellsworth y Kenneth H. Parsons.

nomía clásica, el principal compensador de estas lúgubres tendencias; de una parte, el principal freno y desacelerador del inminente "estado estacionario" y, de otra, la esperanza fundamental de elevar el nivel de subsistencia de las clases trabajadoras? ¿Cuál fué sino los procesos de desarrollo y cambio económicos, incluyendo tanto el fomento de los inventos tales como los ferrocarriles y la maquinaria textil e, igualmente, la emigración de la población excedente a América, Australia y otros puntos? (De un modo harto característico se dejó a los disconformes la tarea de descubrir y analizar la posibilidad de existencia de excesos de capital.)

En comparación con opiniones más recientes, el desarrollo económico era concebido por los economistas clásicos como algo relativamente gratuito. Reconocieron sólo una serie limitada de costes de desarrollo a la que denominaré "los costes clásicos" y a los que habrán de añadirse otros costes a medida que vayan apareciendo en la literatura económica.

El principal coste de desarrollo reconocido por la escuela clásica —en realidad podría decirse con alguna exageración que es el único coste social reconocido por ella— fué un aumento de abstinencia de consumo con la vista en un ahorro neto. En una economía estacionaria, el ahorro bruto (o abstinencia) es, por supuesto, necesario para la conservación del capital existente. Pero el volumen de tal ahorro es, naturalmente, mayor cuando están en marcha el desarrollo juntamente con la conservación. El aumento de abstinencia requiere compensación en la forma de un porcentaje de beneficio (interés) incrementando en todos los ahorros hechos, no únicamente en los realizados por el aumento de abstinencia. El coste efectivo o penoso de la abstinencia de cada uno de los que ahorran es compensado por la sociedad, en su conjunto, en la forma de estos pagos de interés. Los pagos de interés adicionales en la formación del capital neto constituyen el coste, para la sociedad, del proceso de desarrollo económico, del mismo modo que la abstinencia adicional constituye el coste para la clase que ahorra. Significaría una duplicación sumar las dos series de costes, y esto no se hace. Para los economistas clásicos, las necesidades de capital de los planes de desarrollo se suponen cubiertas por el proceso de ahorro voluntario que acabamos de bosquejar, no sólo en

“el país de las maravillas”, sino igualmente en la realidad histórica.

Por añadidura, otros costes para sectores particulares de la sociedad o para países determinados no pudieron pasar desapercibidos para el tipo de análisis clásico. Sin embargo, pudieron ser limitados en gran medida, y en realidad lo fueron, a paréntesis y notas a pie de página por las predilecciones liberales y cosmopolitas de los miembros de la escuela clásica. Los más famosos de tales casos son, probablemente, el desplazamiento de los trabajadores cualificados por los no cualificados en el momento de la adopción de la nueva maquinaria y la mengua de la renta de los terratenientes cuando se descubren fuentes extranjeras de productos agrícolas baratos. Además, la exportación de capital fué reconocida, a veces, como factor de reducción del “fondo de salarios” nacional o, dicho en términos modernos, como factor de reducción de la demanda de mano de obra nacional. A quienes invertían capital en procedimientos de producción nuevos, se les consideraba perjudicados cuando dichos procedimientos quedaban prematuramente anticuados al ser sustituidos por otros nuevos antes de que los antiguos hubieran sido depreciados. Era natural que se utilizaran como ejemplos notorios al comienzo de la llamada era del ferrocarril, los caminos y canales por los que se pagaba un peaje. En medida limitada, este ejemplo fué incluso generalizado para reconocer que, en circunstancias improbables, pero concebibles, un país más viejo podía experimentar pérdidas por la aparición de un nuevo competidor. Pero esta herejía fué confinada, en la mayor parte de los casos, a notas a pie de página desde la época ricardiana hasta que las industrializaciones de la Alemania imperial y de los Estados Unidos comenzaron a amenazar la supremacía británica a fines del siglo XIX.

Las generalizadas dislocaciones sociales, éticas, estéticas y religiosas, implícitas en el rápido desplazamiento de la tecnología pre-capitalista y pre-industrial, no fueron reconocidas en manera alguna como costes (salvo por desesperados románticos). Como tampoco lo fueron las enfermedades del hombre blanco, que algunas veces eran su secuela. La razón de ello es que se consideraban costes implícitos en la expansión del liberalismo económico y no en su limitación. Además, eran soportadas por gentes atrasadas que disponían de pocos o ninguno de los medios de las formas civilizadas de protesta

o reconversión; y las fuerzas motoras del desarrollo económico eran casi por completo inmunes. Tampoco han reconocido costes sociales de este tipo las escuelas económicas post-clásicas (exceptuando de nuevo a nostálgicos y románticos). La interpretación más benévola que se puede hacer de su indiferencia sería calificar a estos costes de costes a corto plazo que seguramente habrían de ser liquidados y más que compensados por beneficios económicos en un espacio de años demasiado breve para merecer ser considerados como costes. Quien esto escribe comparte el prejuicio general entre los economistas y suprimirá, igualmente, cuanto exceda de esta simple mención de la que acaso sea la más amplia categoría de los costes de desarrollo. Allí donde las artes y oficios, las costumbres religiosas y las obligaciones éticas nacionales son incompatibles con la alta productividad de la era del maquinismo, descaecerán y se marchitarán y, a veces, desaparecerán por completo. El mismo George F. Babbitt las echará de menos cuando hayan desaparecido.

Un tipo especial de coste de desarrollo que denominaremos "ideológico", a falta de un término mejor, fué el implicado por el clasicismo económico en las modificaciones parciales del "sistema evidente y sencillo de la libertad natural" en beneficio del desarrollo, particularmente en los países en vías de industrialización del Continente europeo y de Norteamérica. El mejor ejemplo a este respecto es la protección a la industria naciente. Pero los monopolios artificiales y temporales fomentados por los sistemas de patentes y marcas de fábrica pertenecen al mismo tipo. Por supuesto, debe hacerse observar que la protección a la "industria naciente" fué siempre una doctrina semiherética reconocida sólo a regañadientes por los ortodoxos, al tiempo que las patentes y marcas de fábrica sufrían también un ataque esporádico en defensa del sistema de competencia pura. Sin embargo, aquellas concesiones que se hicieron, de muy mala gana, pueden ser consideradas como anticipaciones de los razonamientos de Schumpeter de que vamos a tratar ahora, dejando para después a Marx y a la escuela socialista.

Los costes schumpeterianos

Hace tiempo que se considera a Schumpeter, y con razón, como el apóstol o profeta del desarrollo económico. No alcanzó

esta posición singular subestimando de algún modo los costes del desarrollo económico. Por el contrario, se diría que los coloca en lugar destacado y, por otra parte, ha insistido en que el desarrollo ha merecido que se paguen incluso esos precios en el pasado. (Por inferencia, habrá de merecer un precio similarmente elevado en lo futuro.)

Destaca Schumpeter entre la minoría de economistas que insisten en que no sólo decaerían tanto el interés como el beneficio faltando el invento y la innovación, como sostuvo la escuela clásica, sino que, realmente, desaparecerían (3). Además, dos costes económicos no tenidos en cuenta por los escritores clásicos, han quedado asociados a su nombre tan íntimamente que muy bien pueden denominarse costes "schumpeterianos".

El primer coste típicamente schumpeteriano es la inestabilidad económica. Para él, como para cierto número de escritores entre los que figura en el lugar más prominente D. H. Robertson, la irregularidad y el amontonamiento de las innovaciones que afectan al desarrollo son las principales causas efectivas, tanto de las grandes ondas de la actividad económica, como de los ciclos económicos corrientes del régimen capitalista. Wilhem Röpke y David McCord Wright han ido más lejos aún e insistido, con cierta verosimilitud, en que estos mismos factores producirán perturbaciones cíclicas también en la economía planificada, a menos que los autores del plan retrasen deliberadamente la introducción de innovaciones y diseminen más por igual en el período de que se trate los cambios resultantes. (En las economías planificadas, estas perturbaciones cíclicas posiblemente quedarían confinadas a la producción y no alcanzarían al empleo. Cierta parte de la mano de obra, aun cuando siguiendo técnicamente empleada por razones

(3) El razonamiento de Schumpeter respecto al interés se aplica a un estado "estático" que es, igualmente, estacionario. No sólo han cesado el invento y la innovación, sino que el acervo de capital de la sociedad permanece constante. No hay conexión necesaria entre el cese de la innovación y el cese del desarrollo. No es ostensible de manera inmediata, en ningún caso, por qué un tipo de interés cero haya de suscitar precisamente el volumen de ahorro necesario para mantener el capital social intacto —ni más ni menos— a no ser que se introduzcan supuestos sumamente restrictivos respecto a la preferencia de oportunidad y a la duración de la vida humana.

de caridad o propaganda, sería "superflua" durante las "depressiones", particularmente en aquellas industrias que hubieran experimentado la máxima expansión. Los costes sociales de la depresión podrían, en consecuencia, ser eliminados en gran parte, cuando no las depresiones mismas; circunstancia pasada por alto, a veces, por los discípulos de la escuela schumpeteriana de tendencias más conservadoras.)

El segundo coste característicamente schumpeteriano es el monopolio, con su cortejo de concentraciones de riqueza, de renta y de poder social y político. En efecto, Schumpeter alcanzó en el último decenio de su vida fama como paladín del capitalismo del "hombre grande" contra el capitalismo del "hombre pequeño" de la escuela neoclásica y de los destructores de los trusts americanos, y esa fama igualó a la que ya había conseguido como expositor del proceso de desarrollo mismo. El Schumpeter de la última época, acaso tan percatado de los males del monopolio y de la concentración como pudiera estarlo cualquier destructor de trusts, apuntó de manera constante a la correlación histórica entre tamaño y progreso. Por lo que respecta al sistema de patentes, lo consideró como protección y estímulo totalmente inadecuados para el innovador en su sentido característico, que era, naturalmente, mucho más amplio que el concepto de inventor tecnológico de productos o procedimientos patentables. Consideró los males del monopolio, incluyendo su restriccionismo de la producción e incluso su ocasional supresión de las innovaciones que amenazaban a los valores de capital, principalmente como primas de seguro para el progreso económico en su conjunto.

Schumpeter razona únicamente para los monopolios privados, pero los socialistas pueden razonar sobre el monopolio público y la corporación pública en gran escala en forma casi igualmente persuasiva. Así, en el Japón de la era Meiji la industrialización comenzó cuando el Gobierno asumió las funciones del "empresario" innovador de Schumpeter en relación con los primeros ferrocarriles, astilleros y fábricas textiles modernas. El ejemplo japonés se está repitiendo en países que se desarrollan cerca de un siglo más tarde. También Estados Unidos, para citar a un país ya desarrollado, una corporación pública asumió lo que únicamente puede ser descrito como innovación importante con vis-

ta a un desarrollo económico, a saber: el control de inundaciones y proyecto de electrificación del Valle de Tennessee en la década de 1930-40, y otra corporación se encargó de la investigación de la energía atómica durante las dos décadas siguientes.

Los costes marxistas

Probablemente más que a ninguno de los que se califican a sí mismos economistas "históricos" o "institucionales", la economía *debe a Carlos Marx el haber examinado la teoría clásica del desarrollo económico a la luz de los hechos históricos, en cuanto interpretados por él. Su particular interés reside, como saben todos los economistas, en haber desvirtuado la teoría de la abstinencia de los economistas clásicos en consideración a una concepción más perspicaz del coste del desarrollo económico que cedía en descrédito de la clase capitalista.*

Un capítulo (el XXXI) de la famosa Parte VIII del volumen I de *El Capital*, consagrado a la destrucción de la teoría de la acumulación basada en la abstinencia, por ejemplo, termina con la descripción del nacimiento del capital "chorreando desde la cabeza a los pies, por todos los poros, sangre e inmundicia". Pero, prescindiendo de su mala voluntad, hizo una construcción sólida que ningún estudio subsiguiente puede dejar al margen.

En algunos aspectos, este ensayo sigue humildemente las huellas marxistas de hace un siglo. Sin embargo, vengo sugiriendo que ciertos factores de coste aislados por Marx, se aplican tanto al desarrollo económico socialista como el capitalista o, al menos, que la transición del capitalismo al socialismo no los ha eliminado. Estimo que pueden ser mejor descritos como costes de desarrollo que como desafueros del capitalismo primitivo.

Examinando superficialmente la historia económica de la Europa occidental, de las Américas, de Australia y, en períodos más recientes, la de la Unión Soviética y el Asia oriental —en realidad donde quiera que se desee— podemos encontrar todas o casi todas de las seis grandes categorías de coste siguientes. No se necesita microscopio para su localización e identificación. No sólo están presentes, sino que son importantes. Son importantes, no sólo

en el régimen capitalista, sino también en el del socialismo revolucionario.

El primero de los costes marxistas es el trabajo forzado. En todo país, el desarrollo económico ha sido acelerado por obra de los látigos que caían sobre las espaldas de los esclavos, de los peones y de otros obligados, vagabundos, "mendigos robustos", presidiarios, prisioneros de guerra y, actualmente, "enemigos de clase". Aceptemos al pie de la letra todos los relatos sobre la extensión y los horrores del trabajo forzado en las minas de uranio, en las de sal y en los bosques de pinos de Europa oriental, Siberia y China contemporáneas. No por ello deja de ser hipocresía condenar a los países responsables sin hacer referencia a las prácticas seguidas en otras partes del mundo en las fases y urgencia del desarrollo correspondiente. El "kulak" o el "criminal de guerra" de Kabarofsk y el "agente especial" del valle del Yangtze son los equivalentes del siglo xx del Tío Tom y de Oliverio Twist, por no hablar de la "primera flota" a Australia o de los constructores de las pirámides de Egipto.

El segundo elemento del coste marxista es la expropiación directa de la propiedad, frecuentemente acompañada por la violencia, la muerte y la destrucción en caso de resistencia. Las clases de propiedad más a menudo confiscadas son los metales preciosos (para el capital circulante) y los derechos sobre las tierras de valor mineral o agrícola, particularmente cuando dimanaban del derecho consuetudinario. Sin embargo, ningún tipo de propiedad es inmune, ya sea real o personal, tangible o intangible. La propiedad ha sido confiscada a una clase o clases, en la economía nacional, para sostener o, al menos, aplacar al resto de la población durante un periodo de austeridad en el consumo y de desarrollo de las disponibilidades de capital. Algunas veces también puede ser coordinada directamente en un plan de desarrollo central. La colectivización socialista de la Unión Soviética, la reforma agraria de China y, en menor extensión, la nacionalización de Inglaterra, vienen inmediatamente a la memoria. Pero los movimientos de cercamientos ingleses y la liberación no compensada de los esclavos después de la guerra civil americana no son muy diferentes. La propiedad puede ser confiscada a los habitantes aborígenes del territorio nacional que no pueden o no quieren explotar. De ello

son ejemplo las tierras indias de los Estados Unidos y las posesiones negras de Australia y Africa del Sur. La propiedad en forma líquida, arrebatada a los pueblos coloniales puede ser transportada a la madre patria para el desarrollo económico de ella o de otros territorios. Esto aconteció, por ejemplo, en Méjico, en Perú y en la India. (El primer ministro Nehru, en *El descubrimiento de la India*, trata de documentar y apoyar la ferviente creencia de su pueblo de que ellos financiaron la revolución industrial inglesa, aun cuando involuntariamente, con los botines recogidos en Bengala y embarcados con destino a Inglaterra por la Compañía de la India Oriental británica o por su nababs.) Finalmente, la propiedad puede ser expropiada a sus anteriores titulares extranjeros y empleada como fuente de reinversión libre de interés. Al finalizar la segunda guerra mundial, tal fué el destino de las propiedades alemanas en la Europa oriental y el de las propiedades japonesas en Corea y Manchuria. No vamos a discutir el aspecto jurídico o moral de las reivindicaciones alemanas o japonesas. Méjico en la década de 1920-30 e Irán en la de 1950-60 han tratado de seguir políticas similares con respecto, particularmente, a las propiedades petrolíferas y mineras en poder de extranjeros.

Estos dos tipos de coste de desarrollo son tratados en *El Capital*, en el que Marx selecciona sus ejemplos detalladamente para ilustrar el crecimiento del capital privado en las primeras etapas del capitalismo industrial. En consecuencia, únicamente estos tipos son marxistas en sentido estricto o por virtud de cualquier derivación directa. Sin embargo, otros costes sociales parecen estrechamente asociados a estos costes marxistas propiamente dichos y, más concretamente, al segundo, la expropiación de la propiedad.

Una forma indirecta, sumamente corriente, de expropiación parcial de la propiedad es la inflación monetaria del país en proceso de desarrollo. Si se lleva demasiado lejos y con bastante rapidez, puede tener como consecuencia la extinción casi completa de aquellos derechos de propiedad que están expresados en títulos de valor monetario fijo (títulos de la deuda, hipotecas, pagarés, etc.). Cierta número de países, entre ellos Japón y varias de las repúblicas latinoamericanas, han financiado sus actividades de fomento económico empleando este sistema. Cometido de la se-

gunda parte del presente ensayo será el análisis técnico de las operaciones de inflación en auxilio del desarrollo económico. Dicha parte puede ser considerada como un apéndice o larga nota a pie de página a este párrafo. Sin embargo, baste aquí con subrayar su importancia y seguir adelante. Merece, al menos, una observación entre paréntesis que, en el curso de una subversión social de proporciones revolucionarias, la inflación puede ser utilizada deliberadamente para expropiar al rentista, de la misma manera que se emplea la reforma agraria para expropiar al terrateniente o la nacionalización para expropiar al accionista. Por consiguiente, el estado revolucionario inicia la realización de su plan de desarrollo civil y militar con parte de la propiedad real confiscada. Este fué el sistema en la Unión Soviética durante el período subsiguiente a 1917; pero desde entonces, en la mayor parte de los países controlados por los comunistas, ha sido sustituido por procedimientos de colectivización más directos.

La renta y la propiedad pueden también ser expropiadas parcialmente mediante controles directos sobre su uso, tales como los que se imponen frecuentemente en auxilio del desarrollo económico. Dichos controles son característicos de las economías socialistas o planificadas, como alternativas más suaves a la confiscación. En la medida en que es restringido el consumo, ya sea por obra del racionamiento o por la limitación del repertorio de los artículos de consumo asequibles, estos controles tienen por finalidad estimular el ahorro por omisión. Los ahorros resultantes, es de suponer, son encauzados hacia el desarrollo de una forma o de otra. Lo que acaso sea más importante es que la adquisición o el uso de los bienes de capital, incluyendo las divisas extranjeras, frecuentemente son restringidos para evitar el conflicto con los planes de desarrollo. Las huidas de capital, la acumulación de existencias, la construcción de viviendas de lujo y la de almacenes y lugares de recreo figuran entre los usos más corrientemente prohibidos o reglamentados.

Problemas especiales van asociados al trato que se da al capital con vista a los proyectos de desarrollo cuando el capital es extranjero, particularmente cuando participa sobre base especulativa. En este caso, el peligro puede ser calificado, con tolerable exageración, de explotación bilateral. Por encima del coste normal del presta-

mo (intereses y dividendos, a los tipos normales en cada caso), el proceso de los préstamos internacionales ha envuelto tanto a los prestatarios como a los prestamistas en costes anormales tan grandes que recuerdan el consejo de Polonio a Laertes: "No seas prestatario ni prestamista." Por lo que respecta a los acreedores, considérense las enormes pérdidas ocasionadas por la inversión defectuosa, por la corrupción, por la negligencia, la confiscación y la "socialización". Del lado de los deudores, considérense las cargas de interés usurario, beneficios de monopolios injustificables, la cesión forzosa del control de las empresas nacionales, la colonización económica y, a veces, política. Los costes implicados, especialmente para el país en vías de desarrollo y en posición de deudor, han sido grandes, en particular cuando diferían ampliamente los trasfondos racial y cultural de los países deudores y acreedores, como, por ejemplo, en Africa y Asia. Han sido considerablemente inferiores cuando existía una base cultural más firme para la inteligencia recíproca, como es el caso en las inversiones europeas en los ferrocarriles americanos y canadienses. En cuanto a discernir conductas entre deudor y acreedor, resulta tentador, partiendo de un estudio sumario de la finanza internacional, buscar alguna solución precipitada por lo que respecta a contra quién se peca y quién peca, quién ha sido el explotador y quién el explotado. Sin embargo, tal juicio excede de la competencia de quien esto escribe. Oleadas de explotación del deudor en cada país parecen seguir a oleadas de explotación del acreedor, sin que puedan obtenerse balances netos de las páginas de una historia sórdida. Por cada Cecil Rhodes parece como si apareciese en alguna parte y fortuitamente un Mosadec como compensación, y por cada Mosadec, un Cecil Rhodes.....

Una última categoría de confiscación parcial indirecta es el despojo de las generaciones futuras en gracia al desarrollo inmediato por obra de un empleo de los recursos naturales que parece pródigo, cuando no categóricamente manirroto, a las generaciones futuras. Las maderas de la parte noreste y centro norte de los Estados Unidos pueden servir como ejemplo de un recurso maltratado en pro de un rápido desarrollo. Los análisis pesimistas de la historia de la agricultura constituyen un relato todavía más doloroso de "agotamiento del suelo" y de erosión como costes de la ascensión americana a la preeminencia agrícola mundial. No hay garantía alguna

de que la planificación centralizada haya necesariamente de considerar un horizonte económico más amplio que el, al parecer, tenido a la vista por el desarrollo privado en los Estados Unidos. A decir verdad, puede deducirse la presunción opuesta de la sucesión de planes de dos, cuatro, cinco y seis años formulados en las "nuevas democracias" y otros países socialistas. Sin embargo, en realidad, los planes de desarrollo públicos y centralizados parecen tener un mayor grado de continuidad que el que pudieran sugerir sus cortos períodos, profesan más y no menos consideración a la conservación que la demostrada por los innovadores privados, más en lugar de menos consideración para los intereses de la generación siguiente. Se insiste menos en el "rápidamente" del "enriqueceos rápidamente". Comparadas sus hojas de servicios, por lo que respecta a la conservación, no pueden ser apreciadas todavía en razón a los escasos e inciertos datos de que se dispone.

Las economías centralmente planeadas parecen estar haciendo las cosas menos bien en materia de suelo exhausto, conservación de los minerales y de la madera, que en los espectaculares proyectos en gran escala, tales como el control de las inundaciones. Estos han sido situados, al menos desde la época de Adam Smith, fuera del dominio de la economía privada. Sus beneficios sólo lentamente se producen y la mayor parte de ellos los obtienen personas distintas de los proyectistas inmediatos o incluso de sus herederos. El desarrollo económico individualista de los Estados Unidos desconoció en gran medida el problema del control de las inundaciones, que en la actualidad es abordado por las autoridades públicas creadas para este fin por los hijos y los nietos de los pioneros. Por otra parte, los planes económicos centralizados de China y de la India ponen, uno y otro, grande e inmediato interés en el control de las inundaciones. Aun aquí puede ser equivocado y tendencioso adscribir las diferencias enteramente a los sistemas económicos de que se trata. De igual, si no de mayor importancia, pueden ser los diferentes grados de conocimientos tecnológicos y la triste experiencia. Ciertamente, los beneficios económicos del control de las inundaciones en el Yangtze o el Ganges, a mediados del siglo XX, son más rápidos y ostensibles que lo habrían sido los beneficios de similares proyectos de control en el Mississippi o el Missouri un siglo antes.

¿Son necesarias estas penalidades?

No implica falta de respeto a Mr. R. F. Harrod tomar el título de su reciente libro (sobre el plan de austeridad del Gobierno laborista británico de 1945-50) para conclusión de esta sección. Nos mueve la admiración y no la descortesía; pero nuestra respuesta no será la misma que la suya. Harrod ve (poniendo una mayor confianza en los mecanismos automáticos del mercado económico) un escape fácil y natural de la mayor parte de las inclemencias de la planificación laborista. Por nuestra parte, no nos atreveríamos a sugerir tan fácil escape del elevado coste del desarrollo económico, aun cuando un examen más a fondo descubre invariablemente numerosos casos concretos en los que dichos costes podrían haber sido reducidos o eliminados sin gran sacrificio para el ritmo del progreso.

Sin embargo, ha habido otros que han tenido un sueño más grandioso, que han contemplado una más brillante visión, a saber: la del desarrollo económico sin penalidades.

Los organismos económicos de las Naciones Unidas, el Banco Internacional para la Reconstrucción y Fomento y, en menos medida, el Plan de COLOMBO también, tienen la aspiración de evitar la mayor parte, cuando no todos, de esos costes, incluso el coste clásico de la abstinencia, al acometer el desarrollo económico de grandes zonas de la América Latina, del Africa Central y del Sudeste de Asia (4). Los economistas que preparan los planes y

(4) En diciembre de 1948, la Asamblea General de las Naciones Unidas interesó del Consejo Económico y Social que prestara "más atención al desarrollo económico de los países subdesarrollados". Desde entonces, el Consejo citado y sus comisiones regionales han preparado una serie de dictámenes sobre problemas del desarrollo, manteniendo, preponderantemente, la posición caracterizada en este ensayo como "indolora". Entre ellos figuran *National and International Measures for Full Employment* (1949, II, A. 3), *Methods of Financing Economic Development of Underdeveloped Countries* (1949, II, B. 4) y *Measures for the Economic Development of Under-Developed Countries* (1951, II, B. 2). Para el sudeste de Asia, en particular, otras publicaciones de Naciones Unidas están catalogadas en ECAFE. *Mobilization of Domestic Capital in Certain Countries of Asia and the Far East* (1951, II, F. 3), página 78. El documento fundamental del Plan de Colombo es *The Colombo Plan for Coope-*

los informes de que se trata difieren radicalmente por lo que respecta al ámbito relativo de actuación en la planificación de los organismos privados y públicos, pero concuerdan en lo que es, esencialmente, una concepción keynesiana de la economía del desarrollo.

No se espera que los países en vías de desarrollo, abandonados a sus propios recursos, encuentren que el desarrollo económico es un proceso sin dolor. El Plan de COLOMBO se esforzó en destacar este punto:

“El medio tradicional por el cual se ha roto el círculo vicioso de la falta de ahorros y la falta de desarrollo es las inyecciones de inversión extranjera. Sin el empleo de recursos exteriores, el gobierno tiene dos caminos: o reducir el plan de desarrollo o dedicar recursos interiores a la obra de desarrollo reduciendo el nivel de vida. Este último procedimiento podría llevarse a la práctica mediante una movilización implacable de la economía, incluyendo la acción directa para reducir el consumo. Alternativamente, podría realizarse mediante la inflación. Este sería un procedimiento más lento y menos ostensible, pero implicaría con la misma inevitabilidad una reducción de los niveles de vida; en realidad, podría también tener otras consecuencias graves porque tendería a desalentar los ahorros aún más y podría afectar desfavorablemente a la producción.

Para los gobiernos del Sur y del Sudeste de Asia ninguno de estos sistemas es viable. La reducción de los planes de desarrollo, cuando las poblaciones van en aumento, condenaría al pueblo de la zona a continuar en la miseria; la reducción directa de los niveles de vida no podría lograrse sin un gobierno autoritario; las consecuencias políticas, sociales y económicas de la inflación son imprevisibles, pero difícilmente cabría esperar que el tejido social pudiera resistir la tensión a que le sometería.

Careciendo de todo medio eficaz de realizar nuevos progresos

rative Economic Development in South and Southeast Asia. (Informe del Comité Consultivo de la Commonwealth: Londres, 1950). Un apuntalamiento teórico es presentado de manera muy completa en el artículo de E. D. DOMAR “The Effect of Foreign Investment on the Balance of Payments”, *American Economic Review*, December 1950, págs. 805-826.

en su desarrollo económico por sus propios esfuerzos no auxiliados, estos países necesitan un amplio estímulo inicial en la forma de inversión extranjera. Necesitan más mercancías que les permitan llevar adelante su plan de desarrollo; no sólo bienes de capital, sino también artículos de consumo para los obreros empleados en sus proyectos. La inversión extranjera es la que provee de estas mercancías." (5).

Si el proceso de desarrollo económico ha de ser indoloro para los países que emprenden trabajos de desarrollo, deberá ser financiado en gran medida por la ayuda del extranjero, que o bien esté completamente libre de coste (como ciertos programas de ayuda técnica formulados de acuerdo con el Plan del Punto Cuarto americano) o que pueda ser liquidada en fecha posterior con los ingresos que proporcione el desarrollo mismo. Si el suministro de ayuda ha de ser indoloro para los países principales en el momento en que es suministrada, debe existir no sólo una garantía de alguna restitución futura del principal e interés, sino también un empleo de mano de obra nacional no factible para los ahorros que son transferidos. Aquí es donde, precisamente, hace su aparición la economía neokeynesiana en su variante estancamientista. Porque los ahorros transferidos de los países más desarrollados a los menos desarrollados son considerados como ahorros que no pueden encontrar oportunidades de inversión en su país a tipos positivos de interés y cuya acumulación opera en una economía cerrada para producir para en lugar de ingreso. Así pues, lejos de implicar un coste real para los países prestamistas, la ayuda al desarrollo económico en sus vecinos subdesarrollados se considera como algo que proporciona los beneficios positivos del pleno empleo y de la prosperidad en los negocios de inversión. A largo plazo, pospone por unos años, décadas o acaso incluso generaciones, el día aciago en que el capital se acumula hasta el punto de cero o de eficacia marginal negativa, de forma que el mantenimiento de un alto empleo pueda exceder de las potencialidades de una economía capitalista. (Po-

(5) Government of Pakistan, Ministry of Economic Affairs, *The Colombo Plan for Co-operative Economic Development in South and Southeast Asia*, pág. 55, reproducido en ECAFE, *Mobilization of Domestic Capital*, op. cit. página 12 f.

demo llamar a este punto la pesadilla de Klein-Domar (6), aun cuando presagios similares se deriven del sistema keynesiano por otros escritores pertenecientes a la tradición keynesiana, y, en verdad, no están ausentes del capítulo de conclusiones de la propia *General Theory*.)

Si la mayor parte de los recursos empleados en el desarrollo económico quedan ociosos en los países avanzados, la principal partida en el coste real del desarrollo queda eliminada inmediatamente. Al mismo tiempo, la auténtica planificación, tanto en escala nacional como internacional, puede eliminar la mayor parte de los demás costes que hemos catalogado. Las oscilaciones cíclicas y los monopolios privados del desarrollo económico schumpeteriano, por ejemplo, son perfectamente evitables; al menos, en teoría. En conjunto, el desarrollo se hará a velocidades uniformes, aun cuando, probablemente, será algo más lento de lo que pudiera descarse en los países que lo emprenden; los retrocesos y depresiones entre la terminación de una fase de desarrollo y el comienzo de la siguiente, no son en modo alguno inevitables. Además, los monopolios de que se trata han de ser, en su mayor parte, organismos estatales o corporaciones públicas del tipo de la Autoridad del Valle de Tennessee americana; el restriccionismo de la producción en favor del mantenimiento de precios altos es, sin duda, tabú. Pasando a los costes marxistas o cuasimarxistas, también lo son el trabajo forzado, los controles de divisas y la inflación desbocada. Frecuentemente se reconoce, a veces a regañadientes, la "inevitabilidad" o "necesidad" de controles continuados (controles de precios, controles de divisas, racionamiento y cupo) sobre los empleos del capital privado; al menos hasta que los planes de desarrollo comienzan a tomar cuerpo. Una porción pequeña de inflación suave en dosis irregulares se considera también terapéutica permisible contra el acaparamiento en bien de la producción máxima. Por lo que respecta a la explotación recíproca del mercado de capital internacional, ha de ser sustituida por empréstitos de grandes cantidades a bajos tipos de interés, con garantías

(6) LAWRENCE R. KLEIN, *The Keynesian Revolution* (New York: Macmillan, 1947), págs. 84 f., 297 f.; E. D. DOMAR, "Expansion and Employment", *American Economic Review*, March 1947, págs. 34-55.

para el principal y equidad para ambas partes, lograda por la dirección imparcial de organizaciones internacionales que representan tanto los intereses de los deudores como los de los acreedores. El Banco Internacional para la Reconstrucción y Fomento es una institución de ese tipo, como lo es también el Comité Consultivo del Plan de COLOMBO. Los intereses de acreedor y deudor, los países desarrollados y los subdesarrollados están representados en ambos organismos, aun cuando, en el caso del Banco, en particular, existe cierta impresión de que el sistema de votación confiere un predominio excesivo a la parte acreedora. En relación con la conservación, ésta es una parte integrante de los programas de planificación que examinamos; la posición estratégica del control de las inundaciones, en particular, es reconocida y se asignan prioridades máximas a los proyectos de control de inundaciones en muchos de los planes para países determinados.

Tal es el experimento de las Naciones Unidas en materia de desarrollo económico indoloro. Representa una ostensible ruptura con el pasado. Es el equivalente económico de los primeros experimentos con la anestesia en la cirugía, la odontología y la obstetricia. Si logra éxito, iniciará una nueva era en la economía del desarrollo, del mismo modo que el éxito de la anestesia inauguró una nueva era en la historia de la cirugía. Desgraciadamente, el éxito del experimento económico dista mucho de estar asegurado.

Existe un punto débil en la teoría económica que le sirve de fundamento o acaso, diríamos mejor en la política económica que lo orienta. Demos por sentado lo que, en realidad, es discutible, a saber: la inminencia de la pesadilla de Klein-Domar en la economía desarrollada que opera siguiendo directrices ortodoxas. El capital se acumula en Norteamérica y Europa occidental hasta que su eficacia marginal en la inversión privada desciende a cero, de suerte que los ahorros son atesorados a todos los tipos positivos de interés y el proceso del ahorro produce un decrecimiento en el empleo, más bien que un aumento, en la renta. Demos por supuesto, además, gobiernos y poblaciones votantes que se dan cuenta de la naturaleza gratuita de la ayuda al desarrollo económico de las zonas atrasadas hasta el extremo de estar dispuestos a considerar el préstamo internacional en la escala concebida por los expertos de las Naciones Unidas. ¿No se percatarán estos mis-

mos gobiernos y poblaciones votantes, y de manera más punzante, de la gratuidad de los empleos alternativos de los mismos recursos en los proyectos de inversión pública de su país? ¿Es realista pensar, por ejemplo, en la forma en que lo hace un público americano que va a votar asignaciones presupuestarias para el control de inundaciones en el Ganges, el Yangtze y el Zambese mientras que el Mississippi, el Missouri y el Ohio continúan haciendo sus periódicos estragos? ¿O bien, quién concederá mayor prioridad a la explotación del potencial eléctrico de Indonesia que al aumento de potencial de energía atómica de los Estados Unidos? ¿O quién financiará escuelas públicas gratuitas en la cuenca del Congo antes que conceder subvenciones para la formación universitaria de sus propios veteranos de guerra? ¿O quién será el que se desentienda de la escasez periódica de acero en la patria para proporcionar a la India la capacidad suplementaria de fabricación de acero necesitada para su industrialización?

Lo que parece ser, en la práctica, una ley político-económica puede formularse como un dilema. Si la inversión pública en proyectos de desarrollo económico es reconocida, en general, como libre de coste o incluso como merecedora de su coste, será llevada a cabo, en primer término, en la patria. Por "avanzado" o "desarrollado" que pueda ser el país natal, existen siempre nuevas alturas que escalar y nuevas necesidades que satisfacer. Si, por otra parte, la inversión pública no es reconocida como libre de coste o como merecedora de su coste, tal inversión no se realizará en manera alguna (7). Cabe esperar, naturalmente, que la ayuda simbólica, la ayuda de urgencia, la ayuda motivada por ulteriores consideraciones políticas y militares continúen en notable medida.

(7) Es incorrecto generalizar partiendo de las obras de una sola autoridad, por renombrada e influyente que sea, particularmente partiendo de lo que puede ser no más que inadvertencia por su parte. No obstante, ha sido una confirmación inesperada de esta tesis encontrar que el profesor Sumner H. Slichter ha omitido toda mención de la asistencia a países poco desarrollados de una lista de las armas para combatir cualquier depresión americana consecuencia de la nivelación de la expansión de los gastos militares de comienzos de la década de 1950-60, aun cuando proponiendo la construcción de una red nacional de carreteras de peaje siguiendo el modelo del Portazgo de Pensilvania. "Are We Headed for a Depression?" *Harpers' Magazine*, February 1953, págs. 27-29.

Pero la ayuda en la escala masiva y continua necesitada, por ejemplo, para la elevación libre de coste del nivel de vida chino, siquiera sea al nivel japonés, difícilmente puede considerarse dentro de los límites de la posibilidad.

Además, el experimento de las Naciones Unidas fué iniciado en un momento poco propicio de la historia mundial. Su fecha fué 1949, cuando el retroceso parecía ser la continuación del auge de restablecimiento y prosperidad de los tres primeros años subsiguientes a la terminación de la segunda guerra mundial. Pero después de los primeros meses del siguiente año (1950), la mayor parte de los principales países del mundo, incluyendo todos los prestamistas potenciales para los proyectos de desarrollo en gran escala, se han visto importunados por las enfermedades conexas de inflaciones de diversas velocidades y por guerras de diferentes temperaturas. La atmósfera de desempleo y de filas de menesterosos en los países prestamistas, hacia los que los expertos de las Naciones Unidas parecen haber dirigido su pensamiento y sus propuestas, se ha desvanecido, al menos temporalmente.

En estas circunstancias, puede ser injusto hacer comentarios basándose en los resultados conseguidos durante los cuatro o cinco años de desarrollo económico indoloro. En la medida en que podemos juzgar por las cantidades de capital que han sido, realmente, adelantadas, por los resultados físicos logrados hasta la fecha y por la comparación con los informes sobre el desarrollo, reconocidamente costoso, en la China continental y en la Europa oriental, el desarrollo económico indoloro no ha sido indoloro para los países prestamistas y ha producido desalentadoramente poco desarrollo económico en los países prestatarios. No ha sido indoloro y apenas ha sido desarrollo económico efectivo.

Si los países del sur y del sudeste de Asia, de América Latina y Africa van a desarrollarse o ser desarrollados adecuadamente, en las actuales condiciones de rearme, movilización e inflación, habremos de contar durante largo tiempo, en primer lugar con los antiguos medios costosos, si no con los sangrientos. Si se establecen las condiciones para una coexistencia realmente pacífica de los mundos capitalista y comunista o se descubre otra solución para su conflicto, acaso sea posible proporcionar una piedra de toque más equitativa para la tesis de la planificación económica indolora

de las Naciones Unidas. Pero incluso en tales circunstancias idílicas, cabe esperar que los impulsos rivales de la ortodoxia fiscal y del desarrollo nacional en los países avanzados mantengan su volumen por bajo de las esperanzas optimistas de 1948-49 y que nos importunen la mayor parte de los costes tan fríamente catalogados en este ensayo.

II

El papel de la inflación

En la primera parte, más general, por no decir más superficial, de este ensayo, el papel de la inflación quedó reservado para tratarlo separadamente y de manera más técnica. No obstante, ciertas cuestiones preliminares pueden ser formuladas en forma lega. En primer lugar, la inflación no estimula necesariamente el desarrollo económico y, si se la lleva demasiado lejos y con excesiva rapidez, sus efectos, de ordinario, serán desalentadores para ese desarrollo. En condiciones de hiperinflación, el capital abandona sus actividades ordinarias (incluyendo las dedicadas al desarrollo) y se dedica a compras especulativas de oro, terrenos, piedras preciosas, valores extranjeros, para ponerse al abrigo de la inflación. Determinados bienes de capital encuentran también su camino hacia las reservas de existencias a fin de esperar a que suban los precios y, en consecuencia, son empleadas para fomentar la producción más lentamente de lo que en condiciones normales se hace. La velocidad de circulación de las existencias, por así decir, descenderá y padecerán, en consecuencia, la producción real nacional y la renta real nacional.

Por otra parte, los recursos monetarios creados por la inflación pueden ser puestos, desde el principio, a disposición de los fines de desarrollo. Si se hace así, la inflación, dentro de ciertos límites, estimula el desarrollo de varias maneras, ninguna de las cuales está libre de coste en términos reales. Algunas de las modalidades más importantes se enumeran a continuación.

1. La inflación permite el empleo, o un grado exágerado de pleno empleo, de la mano de obra y de los recursos de capital que, de otro modo, quedarían ociosos total o parcialmente. La pleni-

tud del empleo en otros sectores de la economía hace imposible la expansión general, de tipo de desarrollo o de otra naturaleza, sin aumentos de precios o controles rígidos mientras subsiste un subempleo considerable en secciones o industrias importantes. Esta es la conocida situación de embotellamiento (el "bottleneck"). En los países subdesarrollados, el principal "recipiente de subempleo" se halla en la industria agrícola familiar y en las zonas rurales, es decir, en más de un 80 por 100 tanto de la población como del territorio de los citados países. La inflación parece ser necesaria para que la mano de obra familiar excedente de la granja oriental pueda ser asalariada fuera de ella o de que el trabajo esencial del propio granjero quede asegurado durante la temporada de paro en la agricultura.

2. Particularmente, si existen "autoridades encargadas del desarrollo", tales como organismos estatales o corporaciones públicas, la inflación puede dimanar de dinero o crédito creado directamente por estas autoridades. Disfrutan, pues, estas autoridades de máxima prioridad para la adquisición de los recursos escasos que necesitan antes de que sus precios hayan subido en toda su extensión. Este es un aspecto del fenómeno de ahorro forzoso o de frugalidad forzosa que ha sido discutido periódicamente en la literatura económica desde la época de Bentham. La expansión monetaria o del crédito proporciona a la autoridad del desarrollo los recursos necesitados a expensas del resto de la población. Debe hacerse observar que la inflación estimula el desarrollo mediante ahorro forzoso en una economía abierta en mayor medida que en una cerrada, porque las divisas extranjeras son, frecuentemente, el recurso más estratégico que la expansión proporciona, con preferencia, a la autoridad del desarrollo (8).

Por otra parte, la inflación por obra del ahorro forzoso no estimula el desarrollo en la misma medida si los recursos creados son hechos asequibles, inicialmente, para el consumo, aumento de

(8) Esta observación la debo al profesor Takata, que la emplea para explicar, en parte, por qué el proceso de inflación, que parece haber sido eficaz para el fomento del desarrollo económico japonés durante la Era Meiji (1867-1912), en que Japón fué abierto al comercio exterior, no logró hacer avanzar la reconstrucción durante 1945-48, período en que el comercio internacional fué estrictamente regulado por la ocupación aliada.

salarios, viviendas residenciales, educación general, servicios sociales u otros fines valiosos *per se*, pero un tanto competidores con el rápido desarrollo material. Dosis sucesivas de ahorro forzoso también pueden ser decrecientemente eficaces si los poseedores de mercancías necesarias para el desarrollo y de divisas aprenden a descontar la inflación futura de antemano y elevan sus precios tan pronto como circula el primer rumor de expansión del dinero o del crédito.

3. El desarrollo es estimulado cuando las autoridades pueden, mediante la expansión del crédito, elevar los precios relativos de los tipos de mano de obra y de los bienes de capital necesarios para los proyectos de desarrollo sin imponer en otros sectores de la economía las reducciones en los salarios monetarios y en los precios que, de otro modo, serían necesarias. El caso de la mano de obra es particularmente importante a este respecto en los países en que los salarios de la mano de obra cualificada, capataces, etcétera, han sido tradicionalmente bajos en comparación con los de los oficinistas y donde es difícil reclutar mano de obra para los proyectos de desarrollo, a los tipos de salarios vigentes.

4. En sus primeras fases, una inflación lenta, o incluso una rápida, incita a los obreros a trabajar más intensamente por ingresos reales que no son más elevados y que pueden ser más bajos que su tipo anterior. En menor medida, los poseedores de tierra y de capital pueden ser inducidos a poner su propiedad en acción de manera más intensa en la misma dirección cuando aumentan los ingresos de dinero. Naturalmente, nos ocupamos aquí de los efectos de la famosa "ilusión del dinero". El producto del trabajo extra y otra producción que la ilusión del dinero engendra, raramente estará limitado a todo lo que pueda ser denominado desarrollo, pero puede ser concentrado en esos ramos por autoridades de desarrollo lo suficientemente expertas y cínicas para asociar las presiones del ahorro forzoso con las de la ilusión del dinero.

Al hablar de la creación de crédito y de la expansión monetaria, hemos dejado a un lado tácitamente la posibilidad de compensaciones simultáneas en la forma de impuestos aumentados o de contracción monetaria en otros sectores de la economía. Pero, en realidad, tales compensaciones son difíciles, cuando no imposibles,

en los países sumamente subdesarrollados en razón a sus embrionarios sistemas bancario y fiscal. Podemos formular como principio general que la inflación es, frecuentemente, inevitable cuando el desarrollo económico es financiado por la creación de crédito, incluso cuando los bienes de capital pesados que se necesitan son importados libres de gravámenes o sobre la base del trueque.

Ocupándonos en primer lugar de la primera cuestión, a saber: la de las compensaciones a la creación de crédito, diremos: en los países que no tienen impuestos sobre la renta desarrollados u otros sistemas fiscales progresivos, los efectos distributivos de la inflación, que son malos siempre, pueden ser aún superiores a los de los impuestos indirectos más elevados sobre la tierra y mercancías esenciales, que son las únicas alternativas factibles. De modo similar, en los países que carecen de sistemas desarrollados de banca comercial y central, especialmente en los que grandes sectores de la economía operan sobre la base del trueque, es difícil emplear la política monetaria como alternativa a la inflación en razón al lento y tortuoso proceso de su operación. También los controles directos son, en realidad, imposibles de ser puestos en vigor fuera de los principales centros urbanos de los países sumamente subdesarrollados.

Es menos fácil darse cuenta de que la inflación sigue siendo un problema incluso cuando los bienes de capital pesados necesarios para los proyectos de desarrollo son importados libres de gravámenes, como sucede en los programas de ayuda americanos de Corea del Sur, Tailandia y otras partes de Asia (9). Dando por sentado que el capital fijado sea suministrado gratis, habrá inflación a menos que la mano de obra y otros costes en moneda local para ponerla a trabajar sean pagados por medios que no sean la inflación. Para reducir al mínimo la inflación por este procedimiento, el Organismo de Seguridad Recíproca de los Estados Unidos ha exigido de Tailandia y de la República de Corea (para seguir con los mismos ejemplos) la creación de fondos de contrapartida en moneda local, iguales en valor a los bienes de capital que son suministrados gratis, con el fin de hacer frente a esos costes en moneda local. Sin embargo, como los fondos de con-

(9) Para un análisis más detallado del caso de Corea en particular, véase ECAFE, *Economic Survey of Asia and the Far East*, 1951, págs. 295-300.

trapatida pueden ser creados con los productos de los empréstitos e igualmente con los de los impuestos, la eficacia de este procedimiento es algo discutible (10).

Análisis gráfico

Algunos de estos argumentos referentes al papel de la inflación en el desarrollo económico pueden ser ilustrados, y esclarecidos sus implicaciones,

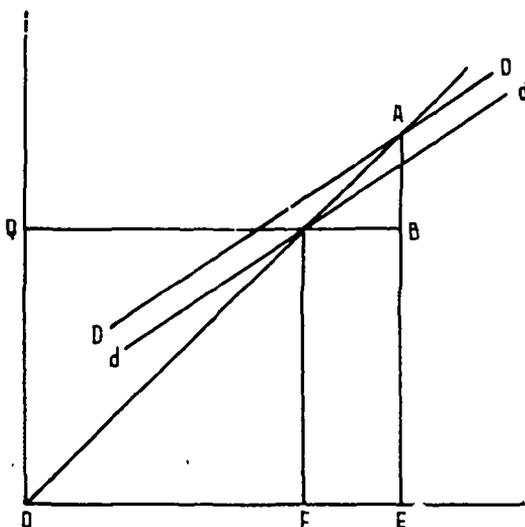


GRAFICO 1

renta) expresada en dinero. El eje vertical representa sus componentes, también expresados en términos monetarios. Usualmen-

(10) Los fondos de contrapartida mencionados aquí difieren del fondo establecido en el Japón ocupado, donde los productos reales de la venta de los artículos de ayuda fueron depositados. El tipo japonés es más eficaz como expediente antiinflacionista toda vez que la compra de las mercancías de ayuda suministradas gratis al gobierno japonés no fué financiada directa o indirectamente por la expansión del crédito del consumidor. (El Fondo de Contrapartida establecido para el préstamo americano de trigo a la India en 1951 fué del tipo japonés.)

(11) DON PATINKIN, "Involuntary Unemployment and the Keynesian Supply Function", *Economic Journal*, September 1949, págs. 365-68.

mediante un análisis gráfico derivado en sus principales elementos de la obra del profesor Don Patinkin (11). Sin embargo, el diagrama 1 es una "cruz keynesiana" corriente sin ningún embellecimiento característico, debido a Patinkin.

El eje horizontal de esta figura representa la renta nacional disponible (después de la imposición sobre la

te, estos componentes se clasifican en: gastos de consumo, inversión privada nacional neta, gastos del Gobierno en bienes y servicios y el excedente de la exportación. (El segundo y el cuarto de estos componentes pueden ser negativos.) El gasto total o demanda total DD corta en A a la línea de 45 grados de igualdad entre la renta y la suma de sus componentes, que puede ser considerada como una curva de oferta. La magnitud de la renta E correspondiente al punto A es, por consiguiente, un manifiesto punto de equilibrio.

Debe hacerse observar que DD es una función de gasto total y no simplemente una función de consumo. Al considerarla estable en renta monetaria y en sus componentes, debemos abstraernos del cambio de precios tan radicalmente que hagamos de este supuesto algo ridículo. (No identificamos el cambio del máximo nivel de precios compatible con una función de gasto estable expresada en dinero.)

Sin embargo, en condiciones de pleno empleo, la renta real total producida es sólo F (que es igual a Q), midiéndose la renta real a precios del comienzo del período de que se trate. F es menor que E y está señalado a la izquierda de E en el eje horizontal. Existe un vacío inflacionista AB , colmado en la práctica por aumentos de precio, que hace de E algo distinto de un nivel de renta de pleno equilibrio. En tal situación, se sugieren, de ordinario, medidas para reducir DD a dd , a fin de eliminar el "exceso de empleo" y el vacío inflacionista y proporcionar equilibrio estable al nivel de renta F . Ello se debe a que el propio F , la renta real producida a pleno empleo, es considerada convencionalmente independiente de cualquier nivel de renta, ya sea monetaria o real. De ordinario, el medio más fácil para reducir la demanda total de DD a dd ha sido hacer un corte en los proyectos de desarrollo económico, en los gastos de armamento o en los programas de bienestar social. Sin embargo, en el análisis formal, nada sugiere dónde han de hacerse las reducciones. (En el análisis formal del caso contrario, en que E se encuentra a la izquierda de F , nada indica dónde ha de ser complementada la demanda para eliminar el vacío, esta vez deflacionista, y mantener el pleno empleo.)

Siguiendo a Patinkin, propongo complicar esta presentación,

en bien del realismo, teniendo en cuenta el efecto de la renta monetaria total sobre la oferta real total en condiciones de pleno empleo. Ello implica hacer del nivel de producción de pleno empleo una variable y sustituir la línea horizontal QB del diagrama 1 por una curva SS que exprese la variación.

Empleemos el eje vertical del diagrama 2 para representar, simultáneamente, los componentes monetarios de la renta (del lado de la demanda) y la renta real (del lado de la oferta). Por renta real se entiende, como de ordinario, la renta monetaria a los precios prevalecientes al comienzo del período de que se trata. La renta monetaria está relacionada con la renta real en condiciones

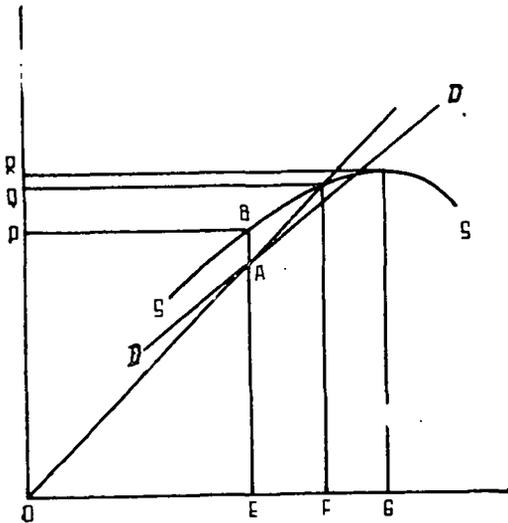


GRAFICO 2

de pleno empleo por una función de la total oferta real de pleno empleo SS, que reemplaza a la línea QB del diagrama 1. La función de la total oferta real de pleno empleo SS debe ser distinguida claramente de la función de oferta monetaria total en niveles variables de empleo, representada por la línea de 45 grados. El cruce de SS y la línea de 45 grados da el nivel de renta de pleno empleo F y la producción real de pleno empleo Q al nivel de precios dado. Cuando E se encuentra a la izquierda de F, como sucede en el diagrama 2, resulta un vacío deflacionista BA, que se elimina por la reducción de precios y por el empleo a un nivel menor que pleno o sólo por este último. Además, la renta real y la producción descienden de Q a P, incluso en condiciones de pleno empleo, y por bajo de P si persiste el paro.

Como condición de estabilidad, SS debería encontrarse sobre

de pleno empleo por una función de la total oferta real de pleno empleo SS, que reemplaza a la línea QB del diagrama 1. La función de la total oferta real de pleno empleo SS debe ser distinguida claramente de la función de oferta monetaria total en niveles variables de empleo, representada por la línea de 45 grados. El cruce de SS y la línea de 45 grados da el nivel de

DD a bajos niveles de renta monetaria, significando que la demanda total no cubre la producción de pleno empleo. Por otra parte, SS debería encontrarse por bajo de DD a niveles más altos, significando que la demanda total excede a la producción incluso en condiciones de pleno empleo y produciendo los fenómenos del "vacío inflacionista" y del "exceso de empleo". Una SS horizontal satisface estas condiciones y, en realidad, es considerada como una primera aproximación por la mayor parte de los economistas. Patinkin describe SS como una línea recta con una pequeña inclinación hacia arriba. En nuestra presentación, SS aumenta, aun. cuando a una velocidad decreciente, hasta llegar a un punto correspondiente a un nivel de renta G, normalmente a la derecha de F. Aquí SS alcanza un máximo de producción real R y después desciende. La producción real máxima R y el nivel de renta monetaria correspondiente G son puntos de especial importancia para la consideración de economías con problemas de reconstrucción, de desarrollo o de movilización. Más adelante trataremos de nuevo de estos problemas.

¿Por qué SS se inflexiona hacia arriba, ordinariamente hasta un punto mucho más allá del equilibrio de pleno empleo? La inflexión hacia arriba representa parcialmente los efectos de la general ilusión del dinero; la mano de obra y otros servicios productivos ofrecen horas más largas o actividad más intensiva a cambio de ingresos monetarios más elevados, incluso en condiciones de inflación moderada. Al mismo tiempo, un programa de ahorro forzoso, como el que se propone en beneficio de un plan de desarrollo, puede desviar de los bienes de consumo a los bienes de capital y a las divisas extranjeras una cantidad dada de la demanda total real. Si se hace esto, serán favorables los efectos sobre la producción real. Sin embargo, éstas no son explicaciones completas de la inflexión hacia arriba, particularmente hacia el lado izquierdo o porción de baja renta del diagrama. En este caso, puede ser causada en gran medida por expectativas más favorables y por incertidumbres que disminuyen a medida que aumenta la demanda; en manera alguna van implícitas alteraciones del precio. Además, podemos considerar la inflexión hacia arriba a la inversa, es decir, como una reducción de la producción real en condiciones de pleno empleo cuando descienden los ingresos mo-

netarios. Esta reducción representa los efectos de la resistencia de los obreros y de los propietarios de fábrica a reducir sus ingresos monetarios. Están incluidos, pues, los efectos de las huelgas y de la producción intencionadamente lenta, de las reducciones de la mano de obra, de las renovaciones de capital insuficientes, etc.

¿Por qué puede SS inflexionarse hacia abajo más allá de G? Probablemente, la razón particular más importante en la mayor parte de los países es un cambio de la actividad económica que pasa de la producción corriente a la acumulación de existencias y divisas por cuanto la inflación priva de su fuerza a la ilusión del dinero. El paro involuntario que algunas veces caracteriza a las hiperinflaciones proviene del mismo cambio de actividad. Una fuerza secundaria, en los países que dependen de primeras materias importadas, es sus precios crecientes y sus reducidos volúmenes a medida que la inflación eleva el valor de las divisas. Finalmente, existe una tendencia, conocida por los economistas desde la era mercantilista, en las curvas de los factores oferta a retroceder después de que el ingreso real se eleva a una serie de puntos críticos, ninguno de los cuales corresponde necesariamente al punto máximo sobre SS en el diagrama 2. En el lenguaje del análisis de la utilidad, la utilidad marginal del ingreso real desciende a medida que aumenta su cuantía y la utilidad marginal de los aumentos de ocio aumenta, juntamente con la del consumo directo de los recursos productivos, hasta que, en una serie de puntos críticos, se invierten las funciones de oferta de los diversos servicios productivos. Cuando han ocurrido bastantes de estas inversiones, también puede esperarse que descienda la producción total a medida que la economía se desvíe del trabajo duro para pasar a una situación estacionaria. El punto de disminución de la producción total por esta causa puede, concebiblemente, llegar antes de que la demanda de pleno empleo esté satisfecha (es decir, a la izquierda de F en el diagrama 2). Esta situación daría como resultado que la producción máxima sería alcanzada bajo presión *deflacionista en un nivel algo menor* que el pleno empleo. Puede imaginarse más fácilmente en los países con distribuciones de renta extremadamente desiguales, donde el trabajo se realiza por una mano de obra de gustos sencillos y demandas limitadas y la producción es consumida por una clase ociosa que no trabaja. Aun

cuando es una curiosidad teórica interesante, este caso no parece realista en ninguna economía de la que el autor de este ensayo tiene conocimiento.

Las funciones de demanda y oferta totales DD y SS han sido trazadas no sólo como estables, sino también como independientes de variables, tales como la distribución de la renta. La independencia del gasto total (incluyendo la inversión inducida) y de la distribución de la renta es, probablemente, legítima como una primera aproximación, aun cuando autores socialistas y laboristas puedan desear un reconocimiento explícito de la posibilidad de una tendencia hacia arriba resultante de aumentar el grado de igualdad y la participación relativa de la clase obrera. La independencia de la oferta total y de la distribución de la renta es más discutible, teniendo en cuenta el testimonio (comprobado en forma incompleta, es cierto) de las economías planificadas centralmente que adscriben rápidas alzas en toda la longitud de SS a cambios en la distribución de la renta en favor de la clase trabajadora en su conjunto y, en particular, de los elementos más altamente cualificados de ella.

Para los países que pasan por las angustias del desarrollo económico, el vacío inflacionista del diagrama 1 es, de ordinario, más significativo que

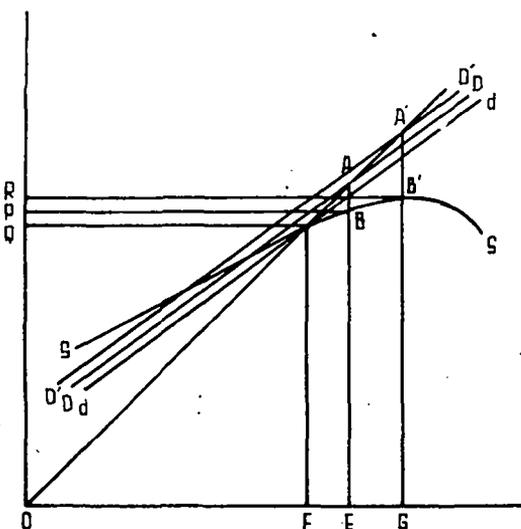


GRAFICO 3

la determinación deflacionista del diagrama 2. El diagrama 3, que combina los elementos esenciales de los otros dos, es propuesto porque presenta en forma más realista el persistente dilema político que se plantea en los países que emprenden trabajos de desarrollo.

En él, como en el diagrama 1, tenemos exceso de pleno empleo con un vacío inflacionista. Dada la demanda total o curva de gastos DD, E es el nivel de equilibrio de la renta monetaria. Pero la demanda monetaria de equilibrio A excede a la oferta real de pleno empleo B; AB es el vacío inflacionista. Si la demanda fuera reducida al nivel indicado por *dd*, podría establecerse pleno equilibrio al nivel de renta F y ser eliminado el vacío inflacionista. Hasta ahora todo va bien. Pero se produciría al mismo tiempo una consecuencia menos agradable, a saber: una reducción PQ en la producción real. Al mismo tiempo, la producción real podría ser incrementada sobrepasando a P (correspondiente al nivel de renta E), para llegar hasta R (correspondiente al nivel de renta G). Esto podría hacerse por ulteriores aumentos en el inventario de la demanda total, de DD a D'D'. Pero si la demanda asciende a D'D', el vacío inflacionista aumenta con ella. En el diagrama, cuando la producción aumenta en PR, el vacío inflacionista aumenta de AB al nivel de renta E a A'B' al nivel de renta G. En la práctica, un mayor vacío inflacionista inducido conduce a un ritmo más rápido de aumento de precios en una inflación libre y aumenta la dificultad de mantener controles en una inflación reprimida.

Enfrentado a funciones de demanda de dinero total y a funciones de oferta real de pleno empleo, como DD y SS respectivamente, un país en vías de desarrollo y su plan de desarrollo se encuentran bajo la presión simultánea de tendencias opuestas. ¿Debe ser aumentada la producción real al coste de inflación durante el período, por largo que sea, que pueda ser necesario para acabar un plan de desarrollo determinado o una fase determinada de tal plan? O, por otra parte, ¿habrá de comprarse la estabilidad de los precios al coste de un desarrollo retardado, teniendo en cuenta un breve lapso de tiempo? Existe una presión conservadora, ortodoxa para lograr la posición *dd*, que proporcionaría pleno equilibrio, pleno empleo y precios estables en F (12).. Existe una

(12) El Fondo Monetario Internacional está, en la actualidad (1942-53), distinguiéndose en ejercer presión en este sentido conservador. Véase un discurso de Ivar Rooth, director gerente del Fondo, reimpresso en *International Financial News Survey*, November 28, 1952, pág. 175, en el que se formula la

presión radical y nacionalista para, precisamente, la maniobra opuesta, o sea, un aumento en la demanda de DD a D'D', para el máximo de producción y de desarrollo en G y, de ordinario, de manera simultánea, para controles directos destinados a moderar las injusticias sociales y económicas del proceso inflacionista. (Cuando los controles elevan a SS haciendo moverse al punto B' hacia el noreste del diagrama 3 y aumentando tanto G como R, tanto mejor. Sin embargo, por regla general, los controles parecen rebajar a B' y, en consecuencia, a R, alentar la evasión a expensas de la producción y reducir la ventaja para la producción de la política inflacionista alternativa.)

En la terminología de la obra *Economics of Employment* (13) del prof. A. P. Lerner, el punto F (o Q) corresponde al "bajo grado de pleno empleo" y el punto G (o R) al "alto grado de pleno empleo". El prof. Lerner calcula el espacio entre F y G (o entre Q y R) como suficiente, en las condiciones americanas, para proporcionar empleo para el 8 a 10. por 100 marginal de la mano

posición del Fondo: "La política nacional debe comenzar en todos los países eliminando la inflación mediante fuertes presupuestos y escaso crédito. Evidentemente, esto no es compatible con la opinión de que no debe haber paro en ningún momento en ningún sector de la economía.... Los países poco desarrollados deben mostrar cierta moderación en sus políticas de rápido desarrollo a toda costa". Una presentación más amplia y más académica de esta posición la encontramos en E. M. BERNSTEIN e I. G. PATEL, "Inflation in Relation to Economic Development", International Monetary Fund, *Staff Papers*, III, November 1952, págs. 367-84, después de un análisis de la desalentadora experiencia de varios países, particularmente las Repúblicas Latinoamericanas y las Islas Filipinas, en los que la inflación ha sido el principal instrumento de desarrollo económico.

(13) *Op. cit.*, (New York: McGraw-Hill, 1951), Ch. 13. Lerner prefiere los controles directos, particularmente sobre los salarios, para evitar la presión inflacionista en la proximidad del "alto nivel de pleno empleo". Por otra parte, el profesor Slichter, ofreciendo lo que parece ser un análisis similar, acepta la inflación secular no sólo como consecuencia inevitable, sino como la consecuencia deseable de esforzarse hacia la consecución del "alto grado de pleno empleo", y duda de la posibilidad de los controles directos sobre los salarios. Véase "How Bad Is Inflation?" *Harpers' Magazine*, August 1952, págs. 53-57. El profesor J. M. CLARK parece de la misma opinión: "Aims of Economic Life as Seen by Economists", en A. DUDLEY WARD, *op. cit.*, pág. 45.

de obra americana. El cálculo es de lo más rudimentario y no puede ser aplicado a otros países. Sin embargo, supongamos que este espacio asciende a sólo la mitad del cálculo de Lerner, o sea, a sólo un 5 por 100 de la producción real nacional. Teniendo en cuenta la producción nacional total, este incremento no sería impresionantemente grande. Pero en relación con la inversión para fines de desarrollo, que es susceptible de ser la partida más flexible cuando consideramos la demanda total variable, por obra de una política consciente, entre límites tales como dd y $D'D'$, es mucho más importante. El propio plan de desarrollo raramente puede absorber más de un 25 por 100 de la producción nacional y, de ordinario, absorbe menos de un 10 por 100. Así, pues, la elección entre dd y $D'D'$ puede significar la diferencia entre la ausencia de todo plan de desarrollo y un esfuerzo sustancial en esta dirección.

Enfrentadas con las realidades políticas y sociales de mediados del siglo XX, las naciones que trabajan por su desarrollo económico han elegido, por regla general, la ruta que pasa por el alto pleno empleo, pero no han soportado con particular ecuanimidad los costes que van implícitos en su elección, es decir, las cargas y las injusticias de la inflación. (Casos especiales, como la deflación en Birmania en 1949-52, merecen mención particular, ya sea o no de alabanza) (14). En muchos países existe el peligro de que la situación de G sea calculada demasiado a la derecha y la de R demasiado hacia arriba. Como consecuencia, la inflación puede ser excedida por el esfuerzo de hacer demasiado con excesiva rapidez; la producción real puede ser reducida por el esfuerzo de hacerla exceder de su máximo. De tal resultado tenemos un ejemplo en el Japón de 1946-47. Sucesivos ministros de Hacienda, en un intento deliberado de exprimir hasta lo último en la producción destinada a la reconstrucción de un país asolado por la guerra y con un "paro encubierto" considerable en las regiones agrícolas, dispararon por encima de su blanco y llevaron la renta monetaria mucho más allá de G . La reconstrucción pudiera haber

(14) Para un análisis de la experiencia birmana véase ECAFE, *Economic Survey of Asia and the Far East*, 1951, *op. cit.*, págs. 292-95.

sido considerablemente más rápida si hubiera habido menos incentivos para esperar y acaparar materiales que para producir.

El dilema de estabilidad de precios frente a producción máxima (de bajo grado frente a alto grado de pleno empleo), no debe ser concebido como algo limitado a los países subdesarrollados o a los países que se reponen de la guerra u otra catástrofe. Desde el comienzo de la guerra de Corea en 1950, los Estados Unidos y gran parte de la Europa occidental han estado equilibrados más o menos precariamente a niveles de renta tales como E en el diagrama 3. Estas rentas monetarias son demasiado elevadas para eliminar la presión inflacionista y, al mismo tiempo, demasiado bajas para suscitar el máximo esfuerzo productivo. Tanto los controles directos como las compensaciones indirectas a la expansión militar son más asquibles para esos países que para, pongamos por caso, Chile o Tailandia; pero las presiones políticas y el legítimo temor a reducir la producción, siquiera sea temporalmente, han demorado e impedido la eliminación del paro.

En estas circunstancias, conservadores en materia económica de los Estados Unidos, tales como los senadores Taft y Byrd y el ex-presidente Hoover, han abogado por una poda radical en los gastos del Estado. El efecto neto de sus propuestas sería una reducción de la demanda total desde DD a dd, por lo menos, y muy posiblemente a situación más baja. Las propuestas de impuestos radicalmente aumentados y de una restricción general del crédito operarían en la misma dirección. Por otra parte, la Administración Truman y el Consejo de Asesores Económicos han apoyado políticas de máxima producción, manteniendo la demanda total en DD o elevándola hacia D'D', a pesar de los aumentos consiguientes de las presiones inflacionistas (15). Se diría que la po-

(15) La colisión de opiniones se puso de manifiesto con especial claridad en las audiencias ante la Subcomisión para el Control General del Crédito, Comisión Mixta para el Informe Económico, Congreso de los Estados Unidos, en ocasión de la liberalización de los mercados de valores del Estado por el Sistema de la Reserva Federal en 1951. Las audiencias fueron analizadas por Herbert Stein, "Monetary Policy and the Management of the Public Debt", *American Economic Review*, December 1952, especialmente la página 872 f sobre la declaración e interrogatorio del Presidente del Consejo de Asesores Económicos, Leon Keyserling.

sición de un país desarrollado en relación con el rearme y la movilización tiene una semejanza fundamental con la de un país no desarrollado respecto a su plan de desarrollo.

Periodos sucesivos

Si en realidad se adopta una alternativa expansionista (inflacionista) en la situación del diagrama 3, y si la demanda monetaria de equilibrio da lugar a un vacío inflacionista, ¿será temporal o se liquidará por sí misma la inflación resultante o será de larga duración y acaso explosiva? La cuestión es fundamental para las decisiones políticas, pero no puede ser resuelta con el aparato teórico que hemos utilizado en este ensayo. Este aparato se refiere a un período singular, pero, no obstante, podemos ampliarlo y hacer de él una especie elemental de "análisis de períodos".

Consideremos únicamente $D'D'$ y SS en el diagrama 3, suponiendo que se ha decidido elevar al máximo la producción real y la velocidad del desarrollo económico. ¿Cuál será la posición de estas funciones, $D'D'$ y SS , en el siguiente período, una vez que se hayan elevado los precios o hayan sido establecidos los controles? $D'D'$ se moverá hacia arriba, a menos que los controles sean extraordinariamente eficaces. Los precios más altos requieren más gastos inducidos de la renta monetaria, si no han de padecer los niveles de vida y la inversión real. Los efectos en SS son más complejos. Todo aumento en el nivel de precios elevará verticalmente a SS , por definición. Si la producción real significa producción medida a los precios de comienzos del período, su volumen debe aumentar de período en período a medida que suben los precios, incluso si la producción física sigue siendo la misma. (La ambigüedad en esta definición de "producción real" es infausta y lamentable.) Además, se producirá un alza vertical en SS a medida que vaya tomando cuerpo el plan de desarrollo, aumentando la cantidad de capital disponible y la productividad de los agentes productivos en general. Sin embargo, al mismo tiempo, SS se desviará, probablemente, a la derecha, a menos que los controles sean completamente eficaces o las ilusiones del dinero excepcionalmente poderosas. De otro modo, se necesitarán mayores rendimientos monetarios tanto para la mano de obra como para el capital, a fin de incitar a la realización de

cualquier aumento determinado de esfuerzo o empleo a medida que aumenten los precios. Así, pues, el efecto neto en SS es el movimiento en una dirección general noreste en el diagrama, en tanto que el efecto en D'D' es un movimiento hacia el norte.

Podemos concentrar nuestra atención en SS y más particularmente en su punto máximo B' (correspondiente a la producción real R) por suponer a la demanda total más sujeta al control centralizado. Si B' se traslada en un ángulo de 90 grados con la horizontal, es decir, directamente hacia el norte en el diagrama, se elevará finalmente hasta coincidir con A'. Habrá pleno equilibrio y la inflación habrá sido de la variedad definitiva. Si B' se traslada en un ángulo entre 45 y 90 grados en el cuadrante noreste, los vacíos inflacionistas sucesivos se harán cada vez más pequeños de período en período, y, finalmente, quedará establecido un nuevo equilibrio pleno a un nuevo y más alto nivel de precios. Cuanto más próximo esté a los 90 grados el ángulo crítico, más pequeña será la inflación requerida y más rápida su terminación.

Si, por otra parte, B' se trasladara para formar un ángulo de 45 grados o menos, aumentarían los vacíos inflacionistas o, al menos, no menguarían en períodos sucesivos. La inflación sería progresiva o explosiva. Sólo podría ser frenada con medidas radicales que impliquen verdaderos riesgos de reducciones considerables y continuas en la producción y en el empleo.

Innecesario es decir que la elección de política entre máxima producción y máxima estabilidad en el dilema del diagrama 3 dependería en gran medida del mejor juicio del economista o estadista sobre los movimientos de puntos como B', una vez que comienza la inflación. La respuesta acertada para un país no desarrollado puede ser completamente equivocada para su próximo vecino, y no digamos para otro país situado al otro lado de los océanos en otro continente. Solamente podemos catalogar una serie de factores cualitativos que, cuando concurren, guiarán a B' por una trayectoria casi vertical y harán al desarrollo relativamente seguro en una economía libre mediante una inflación moderada o marginal.

1. Potentes ilusiones del dinero abrigadas por los poseedores de servicios productivos.

2. Autoridades monetarias enérgicas capaces de restringir la circulación del dinero cuando aumenta el ritmo de la inflación, a

pesar de las objeciones de las organizaciones agrícolas, comerciales u obreras, y al coste de paro temporal.

3. Acuerdo general sobre la distribución conveniente de la renta entre los principales sectores de la economía.

4. Un aparato de control directo seleccionado y hecho efectivo para una mínima interferencia en los aumentos de la producción y de los precios mínimos.

5. Rápida repercusión del desarrollo económico en la producción de artículos de consumo aumentada "per capita".

Los cinco factores contrarios que, cuando actúan, guiarán a B' por una trayectoria casi horizontal, hacen peligrosa cualquier inflación y aumentan los atractivos de la "hacienda sana", aconsejados por el Fondo Monetario internacional, son:

a) Una experiencia reciente de la inflación; la ilusión del dinero disipada en gran medida.

b) Agricultura, comercio y mano de obra fuertemente organizados y con poder político o económico para hacer valer sus peticiones monetarias (16). Autoridad monetaria débil, descentralizada o inexistente.

c) Agudos conflictos de clase con respecto a la distribución de la renta y de la riqueza.

d) Controles directos equivocadamente elegidos o ineficazmente vigentes. Una administración pública en términos generales rudimentaria.

e) Excesivo retraso entre el comienzo de los planes de desarrollo y la producción incrementada de artículos de consumo.

Un examen sumario de las economías de la mayor parte de los países poco desarrollados, en el período de 1945 a 1950 parece demostrar que el segundo grupo de factores es más potente que el primero y, en consecuencia, explicar el cambio de opinión en sen-

(16) Limitaciones de espacio impiden un pleno desarrollo de esta fase del tema, pero si por cada dólar de aumento en la renta nacional monetaria, el total de las reivindicaciones monetarias de los agentes productivos organizados aumenta en más de un dólar, como es seguro que lo hará si cada grupo organizado se aprovecha activamente de la inflación para elevar su parte distributiva, el resultado es la inestabilidad. Véase M. W. REDER, "Problems of a National Wage-Price Policy", *Canadian Journal of Economics*, February 1948, págs. 46-61.

tido conservador en las organizaciones financieras internacionales. Por otra parte, no se vislumbra tal cambio de opinión en los propios países poco desarrollados ni en la organización propiamente dicha de las Naciones Unidas.

MARTÍN BRONFENBRENNER

Universidad de Wisconsin

(Traducción: del original en inglés "The High Cost of Economic Development", publicado en su parte I en "Land Economics", mayo 1953, págs. 93-104, y en su parte II en "Land Economics", agosto 1953, págs. 209-218.)

